

Y ya para concluir:

.....Y pido que mi muerte ceda en Gloria á Dios y á su justicia, y para testimonio el más conveniente de que debe sesar al momento la insurrección.....

Esto era, precisamente, lo que deseaba el partido que hizo va y circular el documento, cuya copia auténtica hemos transcrito, ha con sus errores ortográficos, para no alterar en lo más mínimo la autenticidad. Esa es la clave, explicación y razón del manifiesto, y la firma del héroe puesta al calce, en el original forzosamente, y las copias, con una de las cuales contamos nosotros, para escribir las líneas de crítica histórica. Tal vez alguna de estas cosas ha sido visto al entendido Ministro de Don Anastasio Bustamante, tan ilustrado como parcial en favor del poder monárquico, para denigrar que puede ser tan puro como lo manifiestan los hechos y la muerte heroica del Padre de la Patria mexicana!

El baldón que intenta arrojar sobre el grande hombre, después de 38 años del suceso,—desmentido por historiador contemporáneo como lo hemos dicho,—se vuelve, conforme á los más elementales principios de la crítica pura, contra el partido y el poder que pudo haber constituido un testimonio *ad hoc*, como el mismo Tribunal que juzgara de modo tan arbitrario á nuestro héroe: que si no se llega á esta retroversión del testimonio á convertirse en certeza plena, ya que las opiniones mediatas distintas lo pueden afirmar y negar conforme á sus intereses y credos, y no á la ciencia; aun en este caso, decimos quedarán con la duda eterna que invalidará el aserto, con cuya certeza se ufanaban los enemigos de Hidalgo y de la patria!



## CAPITULO V.

### El Padre Francisco Javier Treviño.—Producción Realista.

Pasado el huracán revolucionario, que bien pudiéramos llamar de los cien días,—que no más tiempo preponderó en Monterrey el nuevo *orden de cosas* establecido por el Teniente de Hidalgo, el insinuante y clementísimo Jiménez,—fué nombrada una Junta Gobernadora del Nuevo Reino de León: ya que en acefalía, por la completa aceptación en las personas que formaban el Gobierno, de la nueva causa, y de los ideales con tanto entusiasmo acogidos, hubo que ocurrir á un grupo de españoles y criollos, que, en nombre del Virrey gobernarán la Provincia.

Dejémosles, pues, con sus desdichados escritos, (1) manifiestos y proclamas, hijos de un espíritu de marcadísima reacción, y fijemos la atención en uno de esos hechos literarios que se cumplen anormalmente, y que realizan algo inusitado y, por lo mismo, digno de estudio en la evolución que pudiéramos llamar *psico-sociológica* de los pueblos; tal fué la aparición por ese tiempo, entre nosotros, del *Cronicón*, digno de los tiempos medioevales, cuanto al espíritu que lo informa y que lo anima. Mas, como la forma es gallarda, y el lenguaje digno no de las pequeñas luchas que entre insurgentes y realistas tenían lugar diariamente en Monterrey y pueblos limítrofes, sino de épicas contiendas: tal es, así, de altisonante y de pomposo,—viene todo ello á confirmar lo que decíamos en el Prólogo que hemos puesto á este bosquejo de nuestras Letras en la actual Centuria: de que cada pueblo, cada porción de la cultura humana, es como un reflejo de la total cul

tura en cualquiera nación, y en cualquier tiempo. Y como toda cultura también, es resúmen ó síntesis de lo pasado; de aquí la forma de aquello que expresa más clara y fielmente el espíritu de ella, cual es la Literatura; de aquí que el lenguaje que el mismo Homero empleara con tono ó estilo de grandilocuencia y épico modelo, gaste el cronista de pueblo oscuro, pero que aprendiera á manejarlo en los clásicos griegos y latinos.

Resulta, así, un contraste graciosísimo entre lo exíguo de los combates y lo pomposo de la forma en que se anuncian, al propio tiempo que alternan con estos sucesos, relativamente importantes, las minucias de un pequeño villorio, cuyas costumbres religiosas y sociales distaban poco de la vida patriarcal de los pueblos en la infancia. Maravilla, también, que al mismo tiempo que un neoleonés, nutrido con toda la ciencia de la época, y pudiéramos decir que avanzado en esa misma época, constituía, con sus trabajos históricos y filosóficos-políticos, una etapa brillante en las letras hispano-americanas, otro neoleonés, en el pueblo, común origen de ambos, representaba en ideas y en letras el opuesto polo; y no porque en la forma estrictegramatical y literaria,—esté desprovista su obra de mérito en lo absoluto: pues, valdrá el trabajo de que consignemos, comentando los puntos culminantes, esa crónica, cuyo autor fué probablemente el Padre F. Javier Treviño. [1]

Relata el combate verificado á inmediaciones de esta ciudad entre realistas é insurgentes, de ese modo:

Como á las once y media de esta noche han llegado tres soldados con oficio del Teniente Montañez, Comandante de la fuerza que se dirigió á dar alcance al enemigo, el que á las seis de la tarde se retiró de Pesquería á Salinas; su contenido según exactas relaciones, fué comunicar que entre dos y tres de la tarde de este día tuvo la felicidad de dar vista al rebelde, que se hallaba acampado en el mismo lugar de Salinas, cerca del río: que el enemigo como soberbio, y como triunfante, avanzó á una corta colonia llamada la CANTERA, donde situando el cañón que sacó de esta ciudad, se formó en batalla, que no dudaba sostener con CUATRO guerrillas de buena caballada, fuerza del centro que ocupaba mucha gente de á pié, armada bastante de ella, bajo también el resguardo del indicado cañón.....[2]

Como se ve, hay claridad, precisión, y perfecta sintaxis, que acu-

san al escritor avezado; luego anotaremos que tras de éste aparece el literato, el que sabe elevarse de la prosa llana y pura á la elegancia y ornato del lenguaje tropológico, sin perder por ello su natural pureza y sencillez. Consigna, pues, en este lenguaje un hecho heroico muy digno de ser recogido por nuestra historia,—tan fecunda, ciertamente, en hechos gloriosos y magníficos,—cual fué el de un escuadrón de neoleonesas que acompañaba la fuerza de Herrera, y que combatió al lado, y con vigor, de esposos, hijos padres y demás de sus deudos: no sin que deje de notarse, como es razón, en el enemigo escritor, consagrado realista, la fina ironía, y á las veces el sarcasmo contra el exaltado patriotismo,—que él no podía comprender dadas sus ideas,—y la suerte desgraciada que tuviera tanta consagración del bando opuesto, y tanto valor heroico y tanto sacrificio inútil por entonces, ciertamente.

Dice así, refiriéndose á este hecho;

Advirtiéndole que á un lado [de la fuerza de Herrera] había VARIAS MUJERES, las más montadas á caballo, como las primeras que habían de hablar con nuestra tropa, ó para recibir la fuerza de nuestras armas cercanas éstas, á distancia proporcionada de aquellas contrarias, que inmóviles manifestaban constancia incitando á la guerra con la bandera encarnada que portaban mandó entonces nuestro Teniente Comandante Montañez y auxiliar Félix Perales, que el tambor tocase ATAQUE y casi al verificarse, comenzó la gran chusma de mujeres á persuadir gritando á nuestros soldados que no fuesen INGRATOS A SUS HERMANOS MISMOS, Y QUE DEJANDO TAL LOCURA SE REUNIESEN A SU FUERZA AMERICANA, QUE SE ESTIMA A MORIR, POR SALVAR A TODOS LOS DE ESTA PATRIA [3].

El testimonio de este hecho, y de esta heroicidad, es tanto más valioso, y de una significación mayor, cuanto que viene de un enemigo irreconciliable é ilustrado, y que pudo saber como ocular testigo lo que tan donosamente,—siquier sea para denigrarle cegado por la pasión de partido,—narra y consigna en tan curioso manuscrito; en que, dicho lo anterior, continúa de este modo:

Sentidos, pues, nuestros jefes con tan falsos razonamientos; como penetrada nuestra tropa de suma incomodidad por invitación tan grosera, prorrumpió en las amables voces de

*Viva el Rey y mueran los rebeldes!*

Y con este motivo hizo voz el tambor, y acometiendo los Jefes mismos con gallardo espíritu, infundieron en todas nuestras leales armas el valor de tan nos

bles guerreros, que despreciando la muerte, y atendiendo solo á las órdenes que recibían comenzaron al instante la batalla. A su vez el enemigo, empezó sus operaciones de defensa, ayudado del vigoroso fuego de su cañón, [gobernado por un tal Leandro de la Cruz, antes artillero de la compañía de esta Ciudad y desertor de ella] y nuestras armas con la instancia que les correspondía, y los temores que les intimidasen; más porque también advertían que el citado cañón no causaba estragos, avanzaron á cada instante sobre el rebelde, ocasionando mucha turbación con el violento tiroteo que se le hacía desde diversos rumbos hasta irle haciendo destrozos de su merecida ruina.

Aquí no solo observamos propiedad y corrección, sino que abundante y numeroso, y con ciertos giros elegantes y arcaicos, parecen leer á Hurtado de Mendoza, Solís ó Francisco de Melo, con quienes en la armonía y en la pureza de la frase, elegante y castiza, se confunde: prueba, así, este émulo de aquel otro neoleonés que por la misma época, y en opuesto campo, ejercía su apostolado magnífico en obras literarias de ese género, que no han escaseado ingenios en nuestro país. Tomado, así en los mismos años del dominio virreinal como en los tiempos posteriores; ya en tiempo independiente, conforme podremos verlo en adelante. Claro es que no establecemos, como es de suponerse, tal comparación en el número, ni menos en el alcance ó extensión de las obras de los dos regiomontanos escritores; pero si debemos consignar que desde entonces fué en el seno de tanto apartamiento del Centro Literario en Nueva España, objeto de aficiones, bien marcadas el estudio de la historia y el gusto por las bellas letras, cuando contaba esta ciudad con un millar apenas de habitantes. (1) Mas, volvamos á nuestro estudio del *crónica*, ya comenzado.

A tan honrado empeño sobre el furioso enemigo que resistía por todas partes el constante esfuerzo de nuestras armas, según que estas advertían pérdida de gente en el contrario, mandó el Teniente Comandante Montañez con resolución de su segundo, que una división se echase pie á tierra, [por cuanto el cañón hacía mucha batería] y avanzase cuchillo en mano: practicóse con tal denuedo que se pusieron dueños del referido cañón, hallándolo rodeado de más de 200 dâveres enemigos, entre los que pudieron verse dos de los principales jefes. Mientras se ejecutara avance tal, y tan, glorioso nuestras secciones desplegaban las fuerzas más violentas que se les oponían por los varios puntos del combate.

Aun puede observarse aquí, además de las cualidades ya enumeradas, el armonioso enlace de las oraciones y las cláusulas, al-

de los que los preceptistas llaman prosa rítmica, que indica cierta sensibilidad delicada y un particular atildamiento en la construcción: atildamiento en la construcción y afinamiento de un oído bien ejercitado. Llama con todo ello la atención la distribución varia y armoniosa del epíteto, no inútil, sino expresivo abundante y gráfico, que dá fuerza y calor á la dicción, y en que solo sobresalen escritores avezados, tal como podemos observar en lo que á continuación sigue expresando cuando dice:

Viendo pues, el rebelde (2) que sus arbitrios, insolente vocerío y feroces gritos del mujerismo, confundido también, nada era bastante para permanecer soberbios contra la decidida lealtad de nuestras tropas, toma al fin la desunión, y trata de la fuga, á que tan solo podía ya acogerse.

Y prosigue luego con odio mal contenido de partidario convicto, y satisfecho por el triunfo del realismo contra aquel puñado de héroes, y de heroínas sobre todo, que caían ignoradas en un rincón del Anáhuac por su patria, á los golpes del poder inveterado, fuerte y orgulloso [3]; continúa, decimos, de este modo:

Comenzaron en efecto á dispersarse [los hombres] hasta abandonar á las SEÑORAS (cocineras y sirvientas) que habían sacado de Pesquería, bajo las grandes esperanzas de honrarlas con los más brillantes títulos en recompensa y pago del buen mérito que en todos servicios los habían distinguido voluntariamente; pero de todo resulta como dos horas y media de guerrero fuego que se sostuvo, quedando el campo por nuestro, y publicándose por nuestra la victoria.

Se ve que no escatimamos al religioso neoleonés escritor, lo que le pertenece, y que muestra que, atrasado en lo que al régimen político y situación económica correspondía á la llamada Nueva España, y aun á la América hispana colonial, no estaban desatendidos por completo los estudios de las letras clásicas, ó de *Humanidades*: pues que puede por lo visto deducirse que en apartado rincón de esta colonia, en una de las más lejanas y más pobres de sus provincias, había quien estuviera versado en estudios de tal naturaleza. Ello se comprende fácilmente: eran los únicos en que el suspicaz poder no advertía por lo pronto peligro alguno; ya otra cosa hubiese sido la *Filosofía Natural*, las verdaderas ciencias y los estudios del derecho público, la Enciclopedia y sus sucesores, los sistemas filosóficos, que con verdadero furor persiguió el partido monárquico, realista ó cen-

tralista, aún mucho tiempo después de conquistada la Independencia y la República. Mas ya tendremos ocasión de volver sobre este punto. Continuemos ahora el estudio de la curiosa crónica.

Aunque elogiemos, lo que elogio merece, no por ello debemos compararle en este punto á su contemporáneo y compatriota Mier en la cantidad ni menos aún—con ser ésta incomparable—en la cantidad de sus obras meramente históricas. Mier es el historiógrafo sofo, despreocupado, crítico, patriota que se adelanta á su siglo y las luces de su tiempo; que se eleva al nivel intelectual y científico de los conspicuos reformadores de las sociedades y naciones de la época; en tanto que Treviño solo vive para sus preocupaciones religiosas y políticas, y para el espíritu que privaba entonces entre mismos hombres cultos de su tiempo. Basta para mostrarlo así, las líneas siguientes:

Juntas ya nuestras valientes y leales tropas á la voz de sus jefes, solo se veía la desgracia de encontrarse heridos, aunque no de muerte, sólo tres de nuestros..... ¡Qué prodigio! ¡Qué admirable es Dios en sus criaturas! ¡Y cuánto tan visiblemente manifestó su protección á nuestras armas, cuando el fuego contrario las asaltó con vengativa intrepidez! Buen Dios! y cuál no debe ser nuestro reconocimiento!

Su escasa crítica, y su preocupado criterio histórico, continúa en el párrafo siguiente de este modo:

Exíjalo también [el reconocimiento] el raro prodigio [1] de ver después una empeñada acción que nuestro Teniente Comandante Montañez, su segundo Teniente Vivero y Alférez auxiliar Perales, aparecen bañados por la enemiga sangre, sin la más leve herida que los atormentase, cuando fueron los que rompieron en persona el fuego, sosteniéndose al frente de los soldados, ejecutores fieles de sus voces, que los animaban; cuando ya precipitados entre los rebeldes solo usaban del afilado acero, asombrando Montañez porque á la fuerza de sus brazos hubiera hecho caer divididos los humanos cuerpos, y cuando el valiente Perales sólo presenta la guarnición de su alfange, que fué rompiendo sucesivamente en mortales contusiones: según así lo proclamaba la tropa testigo, y también ha merecido los debidos elogios de sus honrados jefes, como acreedor á la más firme constancia de defensa en favor de las armas á ella confiadas.

No sólo á las armas de su partido, el cronista oscuro al consignar aquellas hazañas verificadas en pequeño teatro, es verdad, pero por ello menos dignas de elogio para ambos contendientes; al contar

rio, también á las mujeres patriotas—hecho no conocido ciertamente en la historia de los pueblos,—saca del olvido nuestro historiógrafo, por lo que es nuestro deber mostrárnosle agradecidos. Saca, así, á la luz aquéllos héroes de que el poeta de Venusa nos habla tan elocuentemente, cuando dice:

Vixere fortes aute Agamemnona.—Mutti: sed omnes illa crymabilis—Urgen tur ignoli quae longa—Nocte, caren quia vate sacro.—Paulum sepultae distat inertice—Celata vertus.....

Y así como indica las preces, los oficios religiosos, guardias y prevenciones, vigilancia de la ciudad y parapetos, con tono que sabe acomodar al carácter de los hechos que narra, hierve su lenguaje de la pasión, del odio y del horror cuando relata hechos que hieren sus creencias y opiniones realistas, y su consagración á la buena causa. Tal se advierte en un pasaje,—á otros muchos semejante,—en que da cuenta del arribo á Monterrey del cura de Pesquería, don Jesús Fernández, que encarándose con Herrera, según dice, le exige que le permita salir ó que le mate; y así lo enuncia en estos términos:

.....Y presentándose al “bandido” Comandante Herrera, le expresó “que era ya insoportable la pena de ver la inmensidad de maldades, robos y desolación general de aquel desolado suelo;” pidió que “se le dejase venir,” y “que de no consentírsele, al instante le quitaran la vida,” para cuyo efecto les presentaba el pecho descubierto; y que si no, alzaría la voz entre sus tristísimas ovejas para que todas con él entregaran la garganta al tirano, desolador cuchillo, que los amenazaba con criminal violencia.

Maravilla, en verdad, que lejos de los grandes centros de cultura, aislado en el seno de una guerra cruel y prolongada, tuviera particular cuidado en pulir la frase rebelde, convirtiendo en obra de arte exquisito, oscuro cronicón destinado á permanecer desconocido perpetuamente; ya que pudiera tan solo servir de desahogo á aquel verdadero horror que profesaba á insurgentes y á la Independencia. Parece, en efecto, al examinar las delicadezas de su lenguaje, que el docto Treviño se complacía en adornar su palabra con la sobriedad, pero con la pulcritud propia del neoclasicismo. Nos parece á cada paso que escuchamos el ritmo particular del castellano, puro y viejo del siglo XVI y gran parte del XVII, de los historiadores españoles:

algo como un recuerdo de un idioma que parece haberse perdido con la invasión galicana de la lengua en el siglo XIX.

Otro detalle histórico importante, digno de ser tomado en consideración, hallamos en el manuscrito *crónica* de Treviño, y es la mención que hace, á la vez que de las numerosas hecatombes, en que se fusilaba al insurgente con la fría regularidad y la conciencia de quien cumple un deber no discutido, y de que en ese tiempo no se extinguió por estos pueblos el fuego que encendiera el padre de la patria en Dolores: pues continuó después, manteniendo la alarma entre ellos: ya por el patriota Gutiérrez de Lara, sobre cuya defensa escribió una apología, publicada por él mismo en Monterrey (1827), tendiendo á volver; ya el movimiento que la historia general consigna hasta en sus menores detalles, relativo á la expedición del Gral. Mina, su desembarque y la prisión del Padre Mier, en que el célebre Brigadier Arredondo, Jefe de estas Provincias, y residente en Monterrey, desempeñó papel tan importante.

Como ejemplo, y para concluir este largo capítulo, séanos permitido insertar lo relativo á la derrota de los insurgentes de Béjar, que se manifestaban formidables dirigidos por el patriota Gutiérrez de Lara: dice así:

.....Se ha resuelto que el día de mañana, y por medio de una misa solemne, en que al fin se cantará el "Te Deum" en esta Santa Iglesia Catedral, se den las gracias al Todopoderoso por tan insigne victoria, pues que solo pudo conseguirse de los admirables efectos de su misericordia, en que visiblemente se está manifestando con ostentación prodigiosa.

Lo que claramente indica que, no obstante su buena literatura, que nuestro bendito sacerdote vivía en plena Edad Media; pero era el carácter común de la época, y solo se contaban entre los de esa profesión los Hidalgo, Morelos y los Mier, por excepción.

Mas, tendamos de nuevo la mirada por los manuscritos y documentos de aquella época, y hallaremos la obra literaria del mismo género, aunque de estilo y mérito bien diferentes—si bien no despreciable,—y contemplemos aún en la escena á realistas é insurgentes ya que nuestra guerra de independencia conmovió tan profundamente los ánimos, y dió material abundante para las letras y la historia en ese tiempo.

## CAPITULO VI.

### Crónica de la Independencia en el Nuevo Reino de León.

El documento que bien puede ser considerado como obra literaria, aunque de mérito bien inferior á las dos anteriores, narra seca y corrientemente los sucesos relativos á las expediciones del célebre Brigadier Arredondo, que imperó y que deshizo con los poderosos elementos con que contaba, las numerosas partidas de insurgentes, y, en parte, la importante expedición de Mina (1). De interés político más que literario, diremos de esta obrita algo que pueda servir para formar un juicio acerca de ella.

La obra comienza en estilo llano, didáctico, con la derrota del ejército insurgente en el puente de Calderón, y la marcha de los principales caudillos con los restos de aquél á las Provincias Internas, en los despoblados páramos tuvo lugar la tragedia del martirio y sacrificio de los primitivos héroes: narra, en seguida minuciosamente la expedición dispuesta por el Virrey Venegas, destinada primitivamente á impedir la penetración del ejército á Texas, y termina luego con el funesto desenlace de Baján—no soñada victoria de los realistas,—convertido en instrumento de pacificación de las Provincias Internas, en cuyo suelo no se extinguió por varios años el incendio.

Como la época que relata fué la de decaimiento y debilidad de la causa independiente, la narración afecta cierta uniformidad cansada, que llega á convertirse en fría y monótona; sin que por eso falte en ella puntualmente el militar historiógrafo á las condiciones gene-

rales de buen orden, método, y á cierta sinceridad y franqueza, propias del narrador imparcial y concienzudo. Como muestra de estas distintas cualidades, insertamos á continuación el trozo en que relata la derrota de los insurgentes de Béjar.

Dice así:

Los insurgentes, noticiosos de su aproximación [de Arredondo] salieron á Béjar á encontrarlo. El 18 de Agosto se le confió al Teniente Coronel una descubierta de cuatrocientos hombres de caballería que los observase; y ésta encontró á la orilla del río de Medina [distante de Béjar siete leguas] donde comenzaron á tirotear, resultando que siendo rechazado Elizondo, vino á escapar sobre el grueso de Arredondo, que seguía atrás. Los insurgentes se empeñaron en seguir á Elizondo con toda su gente; y casi en desorden, se encontraron sobre el camino, en el paraje llamado el Atascoso, con la tropa de Arredondo, que apenas tuvo lugar de formar: se trabó la acción que fué obstinada y sangrienta por una y otra parte, y después de cuatro horas de vivo fuego, fueron los de Béjar derrotados completamente, con pérdida de casi toda su infantería, que consistía por la mayor parte de extranjeros, los más anglo-americanos; su artillería que eran tres ó cuatro cañones de campaña y parque; y dispersos, y muertos algunos de su caballería, compuesta en gran parte de las tropas presidiales de Texas, de las auxiliares de las otras Provincias y de paisanos armados. [1].

A qué seguir? Así está toda su obrera. No solo no da elegancia rítmica á su prosa sin perder su naturalidad y pureza, como el neoleonés Treviño, sino que las presentes consonancias y ciertos giros vulgares, y aun triviales, juntamente con igual descuido en el enlace de las oraciones y las cláusulas, le colocan en un puesto muy lejano é inferiorísimo respecto de nuestros dos historiadores de esa época.

Mas, es interesantísima esta obra, como decíamos, así por los hechos militares que consigna, como por una acerva y solapada crítica al Brigadier Arredondo; y no por sus operaciones que elogia, sino por su conducta privada y sus desórdenes. En esta faz, lo mismo que en la anterior, es, aunque fácil, pedestre, pesado y hasta trivial; como cuando dice:

Desocupado de insurgentes, [se refiere á la derrota de Gutiérrez de Lara en Texas, se dedicó, como antes en Aguayo y Valle de Maíz, á sus mañas favoritas á promover competencias con las autoridades, pues exigió los mismos honores que al Virrey [2] cuando iba á la Catedral; á no hacer caso de ninguna orden del Virrey; á disolver como lo hizo antes de su llegada, la diputación provincial de Monterrey; á oír y fomentar las delaciones, los chismes, aun los más grosos

ros; á hacer sumarias, ejecutar prisiones, y, en fin, á proceder de modo en aquellas desgraciadas provincias, [3] cual no habrá hecho jamás saltar alguno por despótico, caprichoso y atolondrado que fuera.

Lo cierto es que pinta un cuadro el más sombrío de la conducta y de los desórdenes, arbitrariedades y caprichos del guerrero, jefe de las Provincias Internas, durante los siete largos años que tardó la independencia, durante los cuales fué el azote de ellas: cita, así, hechos y arbitrariedades que parecen más bien de un enagenado que de un déspota ordinario, y adquiere, en verdad, nuestro frío autor cierta elocuencia cuando narra atrocidades y atropellos, indignos de una nación civilizada; dice al final de esa pintura:

Los clamores de tantas vejaciones y tantos desaciertos solían llegar á oídos del Virrey, quien le repetía, en consecuencia, sus oficios reprendiéndolo, y haciéndole prevenciones que él burlaba del modo más descarado y ostensible, verificando todo lo contrario y cometiendo en seguida mayores excesos. Entiéndese que los apuntados hasta aquí son algunos, pues para indicarlos todos, aun los de bulto, sería necesario un bolumen.

No deja de haber en ello, ciertamente, la elocuencia y el vigor que dan la convicción y la verdad; pero en lo que reside la verdadera importancia de este escritor es en el valor de sus relatos, como testimonios históricos de primer orden, sobre hechos no muy conocidos de nuestros historiadores del gran período de la insurrección que concluyó con el más grande: el de nuestra independencia y vida atómica.

Así, por ejemplo, la insurrección de Texas, y sucesos variados de esta guerra, acaudillada por el patriota Gutiérrez de Lara: el trágico fin del proditor de Hidalgo; las arbitrariedades, desórdenes, escándalos y abusos del pacificador de estas provincias en la tormentosa época del célebre Brigadier Arredondo, y hasta la vida privada, nada pulcra, por cierto, de este jefe, son tema fecundo y abundante para nuestro minucioso y prosaico escritor, cuyos relatos, no obstante los defectos literarios ostensibles que los afean, contienen, como, en todo testigo *ocular*, cierta vida y color local de valor subido, para poder ser utilizados como ricos é insostituibles materiales en la grande historia de un pueblo solamente, ó en la humana universal y completa.

Refiriéndose, así, á la expedición de Mina que en sus comienzos cayó, digamos, en los terrenos comprendidos en la vasta jurisdicción del jefe Arredondo, y cuyos pasos sigue con regularidad monótona y minuciosa; hace observaciones, justas, netamente tácticas y de detalles, que tienen importancia como primordial y legítima fuente de aquel hecho, como testigo ocular que de él fuera,—según lo hemos dicho;—y que esclarece y relata con fidelidad que debemos suponer perfecta cuando testimonios contrarios no han contradicho sus afirmaciones, aun para sus mismos partidarios, en ciertas ocasiones muy brillantes y gloriosas. [1] Termina, en fin, nuestro cronista Céspedes su relato, siempre en forma de crítica ó censura al Brigadier con la adhesión á la jura ó pacto de Iguala, así en Monterrey, como en los demás pueblos importantes de estas provincias; y ni la importancia del hecho, que venía á poner fin á los horrores de aquella prolongada y cruenta guerra, ni las alhagadoras ilusiones que la Independencia y la promesa de total autonomía, hicieran nacer en los fríos y secos corazones, llegan á conmover la flemática vena de nuestro incommovible historiógrafo.

Como muestra de ello insertamos las siguientes líneas, en que trata del gran acontecimiento que inició la Independencia, de esta manera así:

Resonó, también, en Monterrey el grito de Iguala por Marzo de 1821. Comenzaron á parar la atención algunos oficiales, y á reflexionar acerca de su justicia y necesidad. No faltaron, por supuesto delaciones. Sumariáronse á algunos. Arredondo comenzó á sospechar de los más: aumentó los preparativos de defensa contra los independientes: la puerta de su casa la cubrió de fuertes de artillería: redobló las guardias y la vigilancia llegando á aterrorizar al pueblo. Dispuso que las cajas del Saltillo, aunque en ellas no había un real, fueran á Monterrey: el Tesorero y el Ayuntamiento resistieron esta providencia. Arredondo, para llevarla á cabo, mandó su compañía de granaderos de reserva y orden para que viniese preso el Tesorero. Seguidamente, para sostener la compañía avanzada è imponer terror á los Saltilleros, la compañía de granaderos de reserva con el Teniente entonces de la Compañía de Veracruz, don Nicolás del Moral, puesto á su cabeza JURÓ LA INDEPENDENCIA A LAS 12 DE LA NOCHE DEL 1º DE JULIO y en seguida las autoridades de la Villa, avisándolo así al Teniente de Saltillo. El Teniente don Pedro Lemus, ya de acuerdo quizá con Saltillo, hizo hacer (textual) el mismo JURAMENTO al batallón de Veracruz en la Cuesta de los Muertos, y en la tarde entró en el Saltillo.

Hemos hecho tan extensa cita, así para comprobar nuestros asertos relativos al escritor que tan directamente atañe á los importantes sucesos verificados en el Nuevo Reino de León en aquella época, como porque de ese suceso magno,—el de la jura y reconocimiento de la Independencia,—arranca la centuria cuyos hechos y manifestaciones literarias estudiamos en este bosquejo. Así, pues, séanos permitido, después de esta digresión necesaria para formar cabal idea del plan que en él seguimos, continuar en nuestro imparcial, verídico, aunque frío historiógrafo, el relato del gran acontecimiento, con que concluiremos, después de hechas las correspondientes reflexiones, la primera Sección de nuestro estudio, ó sea la de los precursores de nuestra vida autonómica.

Consta por Céspedes que el famoso Brigadier se vió arrastrado por aquel alud incontrastable, que llevó á la antigua Nueva España á su independencia; y tan magno suceso, el más importante y trascendental de nuestra historia, se verificó en Monterrey el 4 de Julio, del memorable año de 1821. Dice así el historiógrafo realista:

Sabidas estas ocurrencias [lo verificado en el Saltillo y Cuesta de los Muertos] por el General Arredondo en Monterrey, la noche del 3 hizo convocar en su casa una junta de las autoridades, y vecinos respetables de la ciudad, y á pluralidad de votos se determinó jurar en estas Provincias la independencia, á que manifestó acudir gustoso S. S.; y la juró solemnemente el siguiente día 4, dando las órdenes á los Gobernadores de las cuatro Provincias, para que la jurasen, como se verificó sucesivamente.

No puede darse mayor frialdad, ni escasés mayor de reflexiones sobre la narración de un suceso que entraña las más grandes consecuencias políticas: que si la historia fuere narración fiel, supongamos, y no enseñanza y campo de lucha de ideas, doctrinas, teorías y sistemas, la crónica de Céspedes podría servir de modelo y de norma, y como el más perfecto compendio histórico-literario de nuestra corta, pero agitada vida pública. Pero, creemos que no es así: que no debe ser así; ya que la historia, como los demás géneros literarios, y, en cierto aspecto, más que en ninguno otro, debe reflejar ideas, pasiones, y tendencias de la época á que se refiere: pues que la misma imparcialidad, que es cualidad fundamental suya, no conduce, en último

término, sino al suceso mismo, el cual no debe ser alterado, pero de ningún modo á suprimir las reflexiones de que proceden la filiación de causa á efecto, las doctrinas y teorías y el sistema entero, filosófico ó político, que enlaza y explica el conjunto. Es, entre nuestros historiógrafos de esa época, el polo opuesto del P. Mier; entre los cuales corresponde por sus cualidades el puesto intermedio á Francisco Javier Treviño. Pasemos, entre tanto, á otro escritor que merece realmente este nombre, y que podremos tener como nuevoleonés, ya que en Monterrey y en el Nuevo Reino dió á luz sus escritos, como años después lo hiciera su hermano, el célebre insurgente Bernardo Gutiérrez de Lara, que aquí escribiera como lo veremos luego. (1) Se conservan de ese escritor—el P. Antonio Gutiérrez de Lara,—varias cartas, en las cuales se advierte una elevación de ideas y de conceptos, digna de ser notada, juntamente con una forma adecuada, gallarda y elegante; por lo cual bien merece que consignemos su nombre y sus escritos, no sin trasladar algunos trozos á esta obrita de la "Carta" que [31 de Marzo de 1814] dirigió al Dean y Cabildo, desde los desiertos en que vagaba, huyendo de la cruel persecución de que era objeto desde el principio de la insurrección. Su estilo, no exento de estudio, y aun pudiéramos decir de una cierta afectación, suele elevarse á la verdadera elegancia, y al claro y correcto atildamiento. Así puede verse, por ejemplo, en la especie de preámbulo ó de exordio, con que el clérigo escritor abre su "carta"

Si al soldado—dice—le pertenece la guerra, le pertenecen al sabio sus derechos, sus razones, su justicia, y necesarias relaciones que debe tener con la paz; y siendo cosa muy difícil que en todo evento se fallen juntos la sabiduría y el valor, claro está el camino que debe haber de las destemplanzas y violencias del soldado, de la serenidad y justicia del sabio. ¿A quién, pues, debemos preguntar por la justicia perdida entre los horrores de la guerra? ¿AL MILITAR, QUE NO SABE DESATAR LOS NUDOS.....; digo, que corta con su espada los nudos que no sabe desatar con su razón.....; ó al sabio, que sin lastimar ni quebrar, coloca en su punto cada cosa, y limpia el camino de la paz? Y ¿yo, infeliz y perseguido sacerdote del Altísimo, cuando ya casi me falta la vida en fuerza de los trabajos del desierto, deberé buscar mi refugio con el belicoso soldado, ó en un capítulo de sabios, que compone como la sexta antorcha de este reino mexicano que felizmente ilumina al Nuevo Reino; que es arca sellada, depósito seguro de la fe romana; que es de la religión centella ardiente que disipa tinieblas, destruye

errores, enseña verdades, y que no sabe juzgar sin estudiar, y sentenciar sin oír?.....

Encarece, luego, por hábiles insinuaciones la sabiduría y prudencia del Tribunal á cuya piedad se acoje, y tiene acentos conmovedores, que á la propiedad de la expresión añaden la sublime sencillez del pensamiento; tal cuando dice, refiriéndose al Gobierno.

Me dejó sin casa y sin la madre que me dió á luz: me arrojó á la compañía de los brutos, en donde riego el suelo con mis lágrimas y alzo al cielo mis inútiles clamores, sin Iglesia, sin altar, sin sacrificio, sin sacramentos comunes á los fieles; sin compañía humana, y con el consuelo solo del Breviario á cuestras.....y todo por el dilatado y espantoso tiempo de tres años.

Da cuenta, en seguida, de que por la acción batalladora de su hermano en Texas, sufrió persecución atroz; no sin que se advierta en sus hábiles descargos de que están su voluntad y simpatía por los heroicos insurgentes, y procura desbaratar la calumnia de los que lo tachan como tal; y no hay en ello desdoro: pues que si por clérigo, ó por otra causa, no anduvo con las armas, el exceso de persecución despierta en él con razón justificada el deseo de verdad, y de que la luz se haga en el seno de aquel antro de desdichas. Así, exclama, cuando relata las victorias de su hermano en Texas, de cuyo campo se hallaba bien distante:

Compongan ahora mis amados enemigos esta práctica mía [su lejanía y apartamiento del teatro de los sucesos] con las revueltas ideas de su acalorada fantasía, y conozcan quiénes son los autores de la guerra. Vean, sí, mis amados enemigos, si tienen más calumnias contra este infeliz, inicuamente perseguido, que no tiene más acción, que para obrar el bien y para huir del mal; para escon, dárse de la fuerza superior y buscar la paz en lo más solitario de los bosques.....

Luego, en especie de epílogo magnífico, conmovedor y convincente, resume de mano maestra las razones que abonan la verdad y la justicia de su causa, y funda su legítima petición en las palabras elocuentes que á continuación se expresan:

Si perseguido, despojado, compelido y obligado no me conviene con las cosas de la guerra, menos me hubiera convenido si me dejaran en la quietud de mi casa y en las piadosas tareas de mi diaria ocupación..... No! los que me han perseguido, no saben, no, el espíritu que me anima..... En el día, no tengo, no,.....honor ni fama! Si digo la verdad, no se me cree..... Bien se conoce que soy un hijo infeliz, lejos del amparo de su padre..... Y que si nunca usaré del acero en mi defensa, si estoy presto á entregar mi sangre y mi garganta.